



POR

Andrea Jeftanovic

“El mundo del teatro ha acompañado, primero adhiriéndose a la calle, y luego, dando prioridad a montajes que dialogan con el momento”.

“JOSÉ DESIERTO”, DE BOSCO CAYO:

El dramático abandono social

TODOS HEMOS CAMBIADO EN ESTE TIEMPO, y para muchos estas semanas han significado, entre otras dimensiones, aplazar, acomodar o postergar proyectos de trabajo. Se habla, con justa razón, de los efectos negativos en el comercio, el turismo, pero otro sector impactado ha sido el teatro: varios montajes se cancelaron o aplazaron. El mundo del teatro ha acompañado, primero adhiriéndose a la calle, y luego, dando prioridad a montajes que dialogan con el momento. Se han adelantado los horarios, se ofrecen precios especiales, y se han organizado cabildos o conversatorios para contener, dejar expresar o intercambiar opiniones con el público. Algo cambió en la experiencia teatral, hay otra energía entre el público, más solidaria y participativa. Se corea una canción antes de iniciar, se aplaude una buena escena, los espectadores intervienen, hay reflexiones, desahogos, o frases de gratitud y reconocimiento. En un punto, todos valoramos la experiencia de la comunidad y de estar vivos.

Esta semana nos concentraremos en la obra “José Desierto”, de Bosco Cayo —en Matucana 100 hasta el 24 de noviembre— que nos invita a reflexionar acerca de un máximo abandono. Es una pieza inspirada en el caso real de la desaparición de José Vergara en el norte de Chile en 2015. Se trataba de un joven diagnosticado con esquizofrenia que con 21 años se convirtió en el tercer detenido desaparecido en democracia. No se conocen bien las circunstancias de su muerte pero su cuerpo apareció en las faldas de un cerro y tras unas pericias policiales erráticas el caso se cerró. La trama se concentra alrededor del fantasma de José deambulando por el desierto, la figura de la madre en duelo que busca y busca, y un curioso detective que les ofrece ayuda.

La puesta en escena opta por una atmósfera onírica, con espacios simbólicos que se aterrizan en una escenografía muy bien lograda por Laurene Lemaitre y con el diseño sonoro y musical de Santiago Farah. A veces seguimos el delirio de José que sueña con el hombre que lo matará como si fuera un médium dotado de sueños premonitores. José es el loco del pueblo, en él convive un alma noble y una obsesión desquiciada. O seguimos a José deambulando por un



“José Desierto”, inspirada en el caso real de la desaparición de José Vergara, se presenta en Matucana 100 hasta el 24 de noviembre.

paisaje sureño de araucarias y verdes. Es el hijo que se ama y se esconde y que porta una tragedia latente. Al mismo tiempo, su madre es una Antígona que señala la falta del hijo, la ausencia de rito. Madre e hijo son los grandes abandonados del país, por una salud que no acoge los problemas mentales, por el Estado que no va a los pueblos perdidos. Están condenados a deambular por el desierto como si fuera una maldición bíblica. El sistema recién los ve cuando son un dato de la crónica roja.

La calidad de escritura de Bosco Cayo es asombrosa, con una poética que dialoga con el aire espectral de “Pedro Páramo”, de Juan Rulfo, o con “Chañarillo”, de Acevedo Hernández, en la personificación del cerro y del desierto, o algunos de los personajes locos de Juan Radrigán.

Este es el quinto montaje de La Compañía Limitada, que viene labrando un trabajo cuidadoso y consistente sobre los problemas sociales del país. Se iniciaron con “Yo te pido por todos los perros de la calle”, luego siguió “Limitrofe, la pastora del sol”, “Taltal”, “Plan Vivienda 2015-2025”. También destacan “El Dylan”, con dirección de Aliocha de la Sotta, y “La dama de los Andes”, entre otros. En cada una de esas piezas hay una reflexión y una exploración de la vulnerabilidad.

La obra apunta con fuerza sublime la

profunda crisis de la salud mental y la vulneración de los derechos humanos en Chile, tema absolutamente candente en este malestar, en este llamado a la dignidad. Así es como entre bolsas de basura y montículos de tierra, y cierta oscuridad, se sugiere el ambiente del desierto de Alto Hospicio, un espacio simbólico de la violencia, la miseria. Y es a partir de ese sitio erizado que seguimos el cuerpo moribundo de José que alucina con los bosques del sur, tras sufrir una violenta golpiza por carabineros. Los personajes, la hermana, la tía, el abogado, también esquizofrénico, van hilvanando de modo coral el relato quebrado de su breve existencia: “El cuerpo muere pero una mente no muere. No desaparece, no se vuelve desierto. Acá tenemos una familia entera que no para de llorar. Un pueblo entero que reclama la presencia del APARECIDO”.

El trabajo actoral es sincrónico, el elenco fluye como si fueran las voces de un solo espíritu (April Gregory, Bosco Cayo, Verónica Medel, Ignacia Agüero, Jaime Leiva). Muestran el vivir con el estigma de la esquizofrenia, el rechazo del padre, de la escuela. Es interesante el personaje de Rodrigo, el abogado, es el único ser que se acerca y les ofrece ayuda legal, aunque sea por medio del espiritismo. Además, la obra critica la medicina, que combate la salud mental solo con medicación sin detenerse a

acompañar, acoger, rehabilitar.

El personaje de José es un ser ancestral que dialoga con el cerro Huantajaya, como un oráculo, como un terapeuta, como un dios. Nos adentramos en su paisaje mental que se escapa de la miseria gracias a su patología. Habla desde el delirio para transitar una historia de abandono y la historia de violencia. Él, en tanto cuerpo vulnerable, es el chivo expiatorio de la brutalidad y el abuso policial.

La Compañía Limitada entrega un trabajo delicado y triste por medio de una galería de personajes arrojados a un paisaje desolador, ese norte de Chile como fosa común, con muertos sin identidad y asesinados bajo infamias. Ahí están las chicas muertas por un psicópata, a quienes se acusó de prostitutas. Ahí hay capas geológicas de femicidios y personas abandonadas en muertes lentas.

El teatro nos ofrece un puñado de cuerpos vulnerables que se exponen, que quieren ser vistos y respetados y que nos interpela al final, por medio de Rodrigo, cuando nos pide ponernos de pie y nos dice: “Lleve su humanidad hacia la puerta. Vaya hasta su casa. Agarre un cuchillo y ábrase la mente. Quizás esa sea la única forma de descubrir lo que tiene adentro. Lo que no lo deja ACOMPAÑAR al otro. Lo que no lo deja ACOMPAÑAR al que es diferente”.